

El testamento del Diablo

Mario Escobar



Libros publicados de Mario Escobar

1. El mesías ario
2. El secreto de los Assassini
3. La profecía de Aztlán
4. El dedo de Dios
5. El testamento del Diablo

Primera edición

© Mario Escobar, 2011

Ilustración de portada: © Calderón Studio

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-766-4 Depósito legal: B-33764-2011

Impreso por Blackprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 11

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas», C/ Pico Mulhacén, 24.

Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey, Madrid; o un correo electrónico a

informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

A los amigos que se mantienen fieles a
pesar de los vaivenes del tiempo.

A Eli, Andrea y Alejandro, mis ojos, mis
oídos y mi lengua.

Agradecimientos

En primer lugar, a los lectores, por seguir mis libros desde hace años y apasionarse con mis historias.

A Pedro Martín, fiel escudero que comprendió ense-
guida que aquellos no eran molinos, eran gigantes.

A mi hermana Reyes, que me introdujo en el feliz mundo de los libros.

A los viejos profesores de literatura, que siguen luchando cada día para que más jóvenes lean libros.

Prólogo

Monasterio de Optina, Rusia, 24 de diciembre de 1916

A pesar de ser medianoche, el hermano Daniil se afanaba por colorear el fresco de la cúpula. Para eso había sido enviado desde Moscú un año antes. El hermano Daniil era un experto en la restauración de pinturas deterioradas por el paso del tiempo. La pintura de la cúpula de la iglesia del famoso monasterio de Optina era un caso especial. El tiempo no había sido el causante del deterioro del fresco más importante de Rusia, todavía no tenía ni un siglo de historia. Alguien lo había tapado poco antes de la inauguración del recinto, como si su verdadera intención fuera que su maléfico mensaje corroyera el imperio ruso, pero sin que nadie conociera su verdadero contenido.

El hermano Daniil, con un gesto preciso, descubrió la parte central de la cúpula. Allí, bajo la mortecina luz de las velas, se veía la figura de Jesús niño, sentado delante de los maestros de ley. Una escena muy conocida de los evangelios y tan inocente que, si no hubiera sido por lo que vio el hermano Daniil a continuación, apenas habría captado su atención unos segundos.

Los ojos del monje se abrieron sorprendidos cuando detrás de las figuras sentadas descubrió a varios hombres empuñando cuchillos con la intención de matar al propio Mesías.

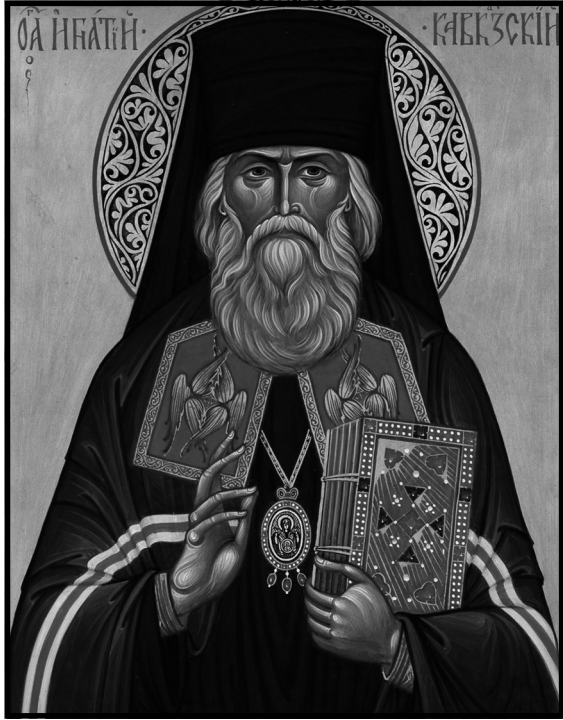
El hermano Daniil comenzó a limpiar con rapidez el resto del fresco, mientras notaba como el corazón se le aceleraba. Las figuras que ocupaban el primer plano mostraban a un grupo de judíos matando a un bebé; un poco más a la derecha, unos hebreos reunidos en una sala celebraban una ceremonia junto a un crucifijo invertido.

Mientras el monje se afanaba en limpiar la cúpula, la puerta de la iglesia se cerró de repente. El hermano Daniil se volvió e intentó observar desde su mancha de luz la oscura basílica, pero no logró ver nada. Dejó sus instrumentos sobre el paño húmedo y comenzó a bajar despacio por el andamio de madera. A cada paso, los tablones crujían como si estuvieran a punto de partirse. Cuando estuvo a mitad de camino entre el cielo iluminado de la cúpula y el oscuro infierno que le esperaba abajo, notó que un resplandor recorría el suelo y una intensa llama lamía el andamio.

El fuego se extendió por todos lados. La sala quedó iluminada y, en medio de las llamas, el hermano Daniil vio una figura que lo contemplaba. El monje intentó seguir descendiendo, pero las llamas lo obligaron a subir de nuevo a lo más alto de la iglesia. El humo comenzó a ascender y a devorar el oxígeno que se concentraba en la cúpula. Las velas se apagaron y la única luz fue el fuego abrasador que comenzaba a trepar por las vigas de madera, como si tuviera prisa por devorar al monje. El hermano Daniil ascendió hasta lo más alto y se apretó contra los frescos que había descubierto unos minutos antes.

El hombre que observaba la escena desde el fondo de la capilla se tapó la boca con un pañuelo bordado con la inicial H y después intentó mirar por última vez al monje. Apenas había levantado la vista cuando el andamiaje se desmoronó en medio de un estruendo. Varias astillas ardientes rozaron su hábito, pero no llegaron a prenderlo. El desconocido corrió hacia la puerta en un grado de excitación tal, que apenas percibió que su nuca había recibido una astilla candente que le había dejado una marca en su rosada piel.

Primera parte
Un libro maldito



Zúrich, Suiza, 2 de febrero de 1917

No se había imaginado su boda de aquella manera. Era huérfana de padre y madre, pero siempre había soñado con una boda repleta de gente, rodeada de amigos y familiares. La realidad era muy distinta. Además del embajador de España y su familia, los únicos asistentes serían el reverendo Clark, pastor de la comunidad norteamericana en la ciudad; Hércules, su querido padrino, y George Lincoln, su futuro esposo.

Alicia volvió a mirar su largo vestido blanco y después indicó a la modista de dónde le tiraba. Amanda, la joven y simpática mujer del embajador, la había acompañado a probarse el traje de novia para que no se sintiera sola en aquel día tan especial. Al principio no quería un vestido de boda; ya había pasado los treinta años y, teniendo en cuenta que se encontraban en los albores del siglo xx, ya había superado la edad en la que una mujer debía casarse. Conocía a Lincoln desde hacía tres años, pero el tiempo había pasado volando y ahora estaba frente a un espejo, con aquel vestido blanco, el último día antes de convertirse en una mujer casada.

Su regreso de Estados Unidos no había sido fácil. Tras una larga y peligrosa travesía (los submarinos alemanes amenazaban a cualquier barco que se aproximara a Europa desde América), el paso por España y después por Francia vía Suiza se había complicado con

bombardeos y transportes suspendidos a última hora. En Madrid apenas habían pasado unos días para supervisar sus propiedades y arreglar algunos papeles; después en París, donde la guerra seguía sin sentirse en toda su fuerza, ella había comprado varios vestidos y sombreros. Nunca se sabía lo que podía hacer falta a una mujer moderna en un viaje a través de una Europa en guerra.

Después de dar un largo suspiro, Alicia comenzó a quitarse el vestido lentamente.

—¿Se encuentra bien, querida? —preguntó la mujer del embajador.

—Había imaginado tantas veces este día que apenas puedo creerme que haya llegado por fin —dijo Alicia, con una mezcla de alegría y nerviosismo.

—Todo llega. El embajador y yo nos conocimos hace cinco años y ya tenemos tres hijos y una plaza segura en Suiza. Ni mi pobre madre esperaba tanto de José Luis —dijo Amanda.

—Yo no creo que Lincoln se establezca, llevamos una vida ajetreada, siempre de acá para allá.

—Lo que nunca he entendido bien es a qué se dedican su prometido y su padrino —comentó la mujer.

Alicia intentó desviar la conversación; era difícil explicar que en los últimos cuatro años la ocupación de los tres había sido recorrer el mundo resolviendo misterios. Lincoln había escrito varios libros sobre sus aventuras, pero afortunadamente solo se habían publicado en inglés, por lo que más de medio mundo seguía desconociendo a qué se dedicaban.

—Importación y exportación —dijo Alicia.

—Negocios —añadió la mujer del embajador.

—Nunca mejor dicho. Ahora, después de viajar por medio mundo, queremos establecernos unos años en Suiza, el único sitio seguro de toda Europa —dijo Alicia.

—¿Y España? Nuestro país se mantiene neutral.

No era sencillo explicar a Amanda que la sociedad española estaba demasiado atrasada para aceptar la boda entre un hombre negro y una mujer blanca. Si las cosas hubieran sido al revés, sin

duda se hubiera formado un buen revuelo, pero un hombre negro con una mujer blanca en Madrid era más de lo que podían resistir los mojigatos ciudadanos de la capital del reino.

—Hemos creado una pequeña compañía con sede en la ciudad. Hércules se dedica a comerciar con productos españoles con los alemanes y los franceses, sobre todo mantas. Mi padrino no quiere dar armas a ninguno de los dos bandos, ya hay demasiadas.

—La guerra es un horror. Mi esposo me cuenta cosas terribles que están pasando en la primera línea y el caos que hay en Rusia. Muchos hablan de revolución, qué espanto.

—El mundo está convulso. Esperemos que la guerra termine en algún momento —dijo Alicia.

—Dios nos guarde de revoluciones y guerras —dijo Amanda.

Alicia se puso su vestido y después se enfundó un pesado abrigo de pieles. Suiza era una nevera en invierno y todavía no se había acostumbrado a aquel clima extremo. La nieve cubría la calle y los pocos caminantes que se cruzaron estaban escondidos detrás de sus pesados abrigos y gorros. Afortunadamente, las casas de ambas mujeres se hallaban apenas a unos metros. Se despidieron educadamente y Alicia subió las escaleras hasta la entrada principal.

Al fondo de la calle, un hombre ataviado con un abrigo de lana y una gran cruz de plata en el pecho, escrutó la llegada de Alicia y se contuvo para no subir a zancadas las escaleras y entrar en la casa detrás de ella. Todavía no había llegado el momento.

Zúrich, Suiza, 3 de febrero de 1917

Lincoln esperaba hecho un manojito de nervios junto a Hércules. Podía asegurar que ninguna de las aventuras que había vivido aquellos últimos años, ni su trabajo en el servicio secreto del presidente, ni sus años como inspector en la policía metropolitana de Nueva York, lo habían puesto tan nervioso. Casarse con Alicia, después de tantos años de dudas, era un acto de valentía y sin duda de imprudencia. Sabía que aquella boda les marcaría de por vida a ellos y también a sus hijos, pero en esta ocasión prefería confiar en el corazón y dejar que las cosas simplemente sucedieran.

Hércules estaba a su lado, con la vista perdida en la inmensidad del templo y con un aire de padrino impaciente. Aquella boda ponía de manifiesto su soledad. Había sobrepasado los cincuenta años y, a pesar de estar en una excelente forma física, sabía que la soledad podía ser muy mala compañera de viaje. Lincoln y él se conocían desde hacía casi veinte años. Alicia era su ahijada y sentía hacia ella un cariño difícil de explicar, pero eso no impedía que experimentara una especie de envidia contenida.

Por la cabeza de Hércules pasó la imagen de su prometida, asesinada durante la guerra de Cuba, después las de Helen y Yamile, las tres mujeres a las que más había amado. Todas estaban muertas y no creía que otra mujer viniera a ocupar su lugar.

Cuando Alicia entró por el fondo del pasillo, sonó la marcha nupcial y la media docena de invitados se puso en pie. Hércules se acercó hasta la puerta y tomó del brazo a su ahijada.

—¿Estás bien? —preguntó Hércules. Sus ojos azules brillaron al contemplar la hermosura de Alicia.

—Sí, creo que no estaba tan segura de algo desde hace mucho tiempo —dijo la novia, sonriente. Sus mejillas pecosas se elevaron en una sonrisa y comenzó a caminar.

Los dos recorrieron el pasillo hasta llegar a la altura de Lincoln, que, vestido con su chaqué negro, los esperaba nervioso. Después los dos se quedaron frente al reverendo.

—Podéis sentaros —dijo el reverendo, y todos ocuparon sus sitios.

—Nos hemos reunido aquí en un día feliz. Alicia Mantorella y George Lincoln van a unirse en matrimonio...

Mientras el oficiante continuaba con su breve sermón, las puertas de la iglesia se abrieron. Nadie pareció prestar atención al nuevo visitante, que, tambaleándose, comenzó a caminar hacia el altar.

—Pónganse en pie —dijo el reverendo. Los novios se aproximaron al altar y Hércules sacó los anillos.

—Alicia Mantorella, ¿quieres recibir a George Lincoln como esposo, y prometes serle fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, y así, amarlo y respetarlo todos los días de tu vida?

—Sí, quiero —aceptó Alicia.

—George Lincoln, ¿quieres recibir a Alicia Mantorella como esposa, y prometes serle fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, y así, amarla y respetarla todos los días de tu vida?

Apenas el reverendo hubo pronunciado las últimas palabras, el hombre que se había acercado por el pasillo se desplomó de repente. Todos se giraron y Alicia corrió con su vestido blanco hasta el desconocido.

El hombre tenía el rostro parcialmente cubierto de nieve y la cara roja. Su abrigo de lana tenía manchas de sangre y, a pesar de

continuar consciente, apenas podía hablar. Hércules y Lincoln lo incorporaron un poco y pidieron un vaso de agua.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Lincoln al desconocido.

El herido temía que la maldición le hubiera seguido hasta allí. El Diablo no era fácil de burlar.

—No se mueva —le ordenó Alicia—. Hay que llamar a un médico

El mal que me afecta no se cura con medicinas humanas, pensó el hombre antes de perder el conocimiento.

Moscú, Rusia, 3 de febrero de 1917

La policía secreta zarista podía emplearse a fondo cuando se lo pedían. Kusma tomó un nuevo trozo de piel y continuó desollando al prisionero como lo había hecho años antes con los osos de su Ucrania natal. No sentía la menor pena por el comunista, para él se trataba de un animal peligroso, mucho más peligroso que una manada de lobos o un oso hambriento. El prisionero gritó con todas sus fuerzas; en su espalda apenas se distinguía la masa de músculos de la sangre que caía a borbotones por la cama en la que estaba atado.

El teniente Oleg hizo un gesto y el soldado se detuvo de inmediato. Después se inclinó y se situó a la altura de la cara del prisionero. Este lo miró horrorizado. No hubiera podido ni imaginar, cuando entró en el Partido, que terminaría en una de las cárceles secretas del zar, desollado como un vil animal.

—¡Maldita sea, Yegor! No me hagas seguir. Dinos dónde está tu jefe y te dejaremos en paz. Sabemos que tramáis algo y que estáis levantando al ejército en nuestra contra.

Yegor lo miró, incrédulo. Si hubiera sido otro oficial, uno de esos tártaros crueles, capaces de vender a su propia madre..., pero Oleg y él habían estudiado en la misma academia militar y ahora su mejor amigo lo torturaba sin mostrar ni un ápice de piedad.

—No sé nada. Por Dios, matadme ya —rogó el prisionero en un susurro.

—Tú te lo has buscado —dijo Oleg. Levantó la mano y Kusma continuó con su trabajo.

El prisionero hizo un gesto con la cabeza para indicar que parasen y su viejo amigo de armas se acercó hasta sus labios para escuchar el nombre.

—Pavel. Es su nombre en clave y está en Zúrich, Suiza...

Oleg desató las muñecas ensangrentadas de su amigo y pidió a su ayudante que los dejara solos. Después lo ayudó a que se incorporara y le ofreció un poco de agua.

—No debiste unirte a ellos. Destruirán Rusia y todo lo sagrado que hemos construido —dijo el oficial mientras su amigo bebía ávidamente.

Tras poner el vaso de nuevo en el suelo, sacó su pistola de la funda de cuero, comprobó el seguro y, sin dejar de abrazar a Yegor, apuntó a su sien y disparó. Los ojos de su amigo lo miraron con dulzura, como si agradeciera aquel final trágico. En algunos momentos la muerte es la mejor medicina para la vida.

Zúrich, Suiza, 4 de febrero de 1917

Hércules trasladó al monje hasta una de las habitaciones de su casa en la ciudad. Mandó llamar al médico y se aseguró de que el desconocido tuviera los mejores cuidados. Después de dejarle descansar toda la noche, fue el primero en acudir a su lecho al despuntar el alba. Se aproximó a la cama y observó detenidamente al hombre. Debía de tener su misma edad; su pelo era canoso y una poblada barba cubría sus rasgos. Sin duda era eslavo. La noche anterior se había permitido registrar sus pocas pertenencias. Un pasaporte ruso, unos cuantos francos y una estampita de san Jorge, patrón de Rusia. Todo aquello no le decía mucho, ni el hecho de que debajo del abrigo llevara un sencillo hábito ortodoxo y una gran cruz.

El herido abrió los ojos e, inmediatamente, dio un respingo, pero después volvió a recostarse en la cama.

—Sus heridas no son graves. Alguien lo ha apuñalado en plena calle. ¿Le han robado algo?

El hombre lo miró extrañado, como si al principio no comprendiera nada. Hércules Guzmán Fox le había hablado en español, enseguida cambió de idioma y se dirigió a él en inglés.

—¿Qué idioma habla?

El monje gesticuló para que le trajeran papel y una pluma. Comenzó a escribir, y cuando terminó de explicar su extraña

mudez, Hércules lo miró sorprendido. Aquel hombre no tenía lengua. Algunos miembros de su orden se mutilaban para no romper el voto de silencio.

Hércules había escuchado prácticas de aquel tipo entre un grupo de monjes que se mutilaban, y algunos incluso llegaban a la castración. Se llamaban Skoptsy y, aunque habían sido perseguidos por la iglesia ortodoxa rusa, en muchos lugares se seguían practicando tan inhumanas enseñanzas.

En ese momento entró en la habitación Lincoln. Su rostro reflejaba cansancio y frustración. La boda había tenido que interrumpirse y Alicia había reaccionado mal, negándose a verlo.

—¿Qué le sucede? —preguntó Hércules.

—Es mejor no hablar de ello. ¿Se ha despertado nuestro invitado?

—Sí, pero no puede decir mucho, no tiene lengua. Al parecer pertenece a los Skoptsy.

—¿De veras? Increíble, creía que los últimos monjes habían desaparecido hacía tiempo —dijo Lincoln.

—Todos no —puntualizó Hércules señalando al monje, que los miraba indiferente.

El hombre comenzó a escribir de nuevo y, en un francés muy deficiente, les explicó que el stárets de su orden le había pedido que los buscara y los llevara con él a Rusia. Varios monjes habían muerto en los últimos meses en su monasterio y todos relacionaban su muerte con el Diablo. De hecho, las víctimas habían aparecido marcadas con el número de la Bestia, el 666.

Hércules y Lincoln se miraron sorprendidos. Todo aquello sonaba a ensoñaciones supersticiosas de monjes fanáticos.

—¿Por qué nosotros? —preguntó Lincoln.

El hombre escribió de nuevo en el cuaderno. Un amigo suyo, Pavel Kazantzakis, había visitado el monasterio unos meses antes para estudiar unas inscripciones y les había hablado de ellos.

—¿Cómo nos han encontrado en Suiza? —preguntó Hércules. El monje puso una sola palabra en el cuaderno: «Visión».

—¿Visión? —dijeron los dos a la vez.

«Tengo el don de la visión», escribió el monje.

Las dudas se habían disipado, se encontraban frente a un verdadero lunático. Lo dejaron descansar y se retiraron al salón.

Hércules se acercó a una de las estanterías y extrajo un volumen sobre sectas y grupos religiosos extraños.

—Al parecer, los skoptsy aparecieron en una región de Rusia llamada Oryol en 1771. Un campesino llamado Andrei Ivanov convenció a quince hombres para castrarse y así evitar pecar —dijo Hércules.

—Ya estudiamos algo sobre la castración en aquel misterioso caso de las automutilaciones en Madrid —apuntó Lincoln.

—Sí, pero aquellos hombres estaban bajo una especie de influencia narcótica; estos lo hacían a causa de su fe religiosa —comentó Hércules.

—Muchos pueden llevar cualquier idea hasta el extremo. Imagino que estos pobres diablos seguían al pie de la letra la enseñanza de Marcos 9, 47... —dijo Lincoln.

—Sí, lo de «Si tu ojo te es ocasión de caer...».

—Exacto.

—Aquí comenta que el de Rusia fue mucho más que un simple grupo de fanáticos, al parecer contaron con más de cien mil seguidores hasta que las autoridades rusas comenzaron a perseguirlos con perseverancia —dijo Hércules.

—¿Cien mil seguidores? —preguntó sorprendido Lincoln.

—Sí, al parecer el grupo se extendió por toda Rusia y uno de sus líderes, un tal Selivanov, se autoproclamó Pedro III de Rusia y se hizo llamar «dios de dioses y rey de reyes» —dijo Hércules.

—Unos verdaderos locos fanáticos —comentó Lincoln.

—Este hombre, lo que realmente necesita es un buen especialista psiquiátrico —dijo Hércules—. Creo que le he comentado ya que el otro día estuve en una conferencia a cargo del doctor Carl Gustav Jung. Puede que él pueda ayudarnos a descifrar la mente de un tipo como este.

—Sabe que no tengo ninguna fe en los loqueros —dijo Lincoln.

—Para usted sería más lógico que Dios se hiciera hombre y se dejara matar en una cruz —comentó Hércules.

—No le consiento que hable de esa manera...

Alicia entró en la sala justo antes de que los dos amigos se enzarzaran en una de sus interminables discusiones teológicas. Parecía cabizbaja, pero sin duda le habían atraído las voces de la sala.

—¿Quién es ese monje? Y ¿qué quiere de nosotros? —preguntó Alicia.

—Querida, será mejor que te tomes un descanso; lo que te sucedió ayer fue algo muy desagradable —comentó Lincoln.

La mujer le hincó la mirada y después se dirigió a Hércules.

—¿Me vas a contar de qué se trata?

—No lo sabemos bien, el pobre dice cosas inconexas. Algo de la muerte de unos monjes a manos del Diablo. Pertenece a una extraña secta rusa con tendencia a la automutilación —ironizó Hércules.

—No me parece una mala idea para ciertos hombres —dijo Alicia mirando de reojo a su prometido.

—Alicia, ya te he dicho que el embajador se ha ofrecido a casarnos de inmediato —se defendió Lincoln.

—Casarse es más que firmar un papel, al menos para una mujer —dijo Alicia.

—Le comentaba a su futuro marido que le presentáramos el caso al doctor Jung, pero él no está de acuerdo —dijo irónicamente Hércules.

Alicia tomó el volumen de la mesa y leyó brevemente el apunte sobre la secta. Después levantó la vista y, antes de hablar, frunció los labios, un gesto que solía hacer mientras pensaba.

—Sin duda, el doctor Jung puede ayudarnos en este caso. ¿Dónde vive? —se interesó Alicia.

—Creo que en este mismo cantón —dijo Hércules.

—¿Querrá ver al paciente? —preguntó Alicia.

—Sin duda. Su especialidad son las alucinaciones, y este pobre monje dice que vino a vernos tras una visión ocurrida en su

monasterio y a instancias de su stárets, para que resolviéramos una serie de asesinatos. El doctor no puede rechazar un caso así —dijo Hércules.

El español escribió una nota, se acercó a la puerta y llamó al mayordomo.

—Por favor, quiero que localicen al doctor Jung y le entreguen esta nota.

El mayordomo tomó el sobre y salió del salón.

—¿Qué le ha puesto en la nota? —preguntó Lincoln.

—Un anzuelo lo suficientemente sabroso como para que le haga picar, estimado Lincoln.

San Petersburgo, Rusia, 4 de febrero de 1917

Las horas se hacían interminables en palacio. Nicolás II se sentía encerrado dentro de aquella jaula de oro, mientras el imperio se derrumbaba ante sus ojos. Rasputín lo había profetizado dos años antes, pero en ese momento sus dudas de fe le hicieron consentir su muerte; ahora se arrepentía. Sin duda, las hordas judías irían a por él y a por toda su familia.

Las noticias de Moscú eran nefastas, los sóviets comenzaban a hacerse con el control de algunos barrios y la Duma se había decantado a favor de un Gobierno provisional. El hambre hacía mella en la población, pero ¿qué podía hacer él?, no podía cambiar las cosechas, y la guerra le impedía comprar grano en el sur de Europa.

Nicolás II miró el reloj de pared y se preguntó dónde estaba Georgi L'vov, su candidato para el Gobierno provisional (que era una manera de mantenerse en el poder, alejándose por unos meses del primer plano, hasta que las cosas se calmasen).

El aristócrata entró en la sala y besó la mano del zar; después ambos se sentaron frente a la ventana. Hacía mucho frío, pero llevaba varios días sin nevar.

—Excelencia, no traigo buenas noticias. La factoría Putilov está a punto del colapso, los soldados se niegan a luchar en el frente, hay

huelgas y manifestaciones por todas partes.

—¿No podemos utilizar el mismo método que en 1905? —preguntó el zar.

—Cuando el pueblo está desesperado ya no le tiene miedo a la muerte. Se están muriendo de hambre, de frío y de todo tipo de plagas —dijo el aristócrata.

—Esos judíos han atraído sobre nosotros su maldición. Quieren hacerse con Rusia y más tarde con el resto del mundo —dijo el zar.

—¿Los judíos? —preguntó extrañado L'vov.

—Sí, Lenin es de origen judío. Su amigo Trotsky es hijo de judíos. El propio Marx también lo era. Es una maldita conspiración sionista. ¿Es qué no lo ve nadie? —dijo el zar furioso.

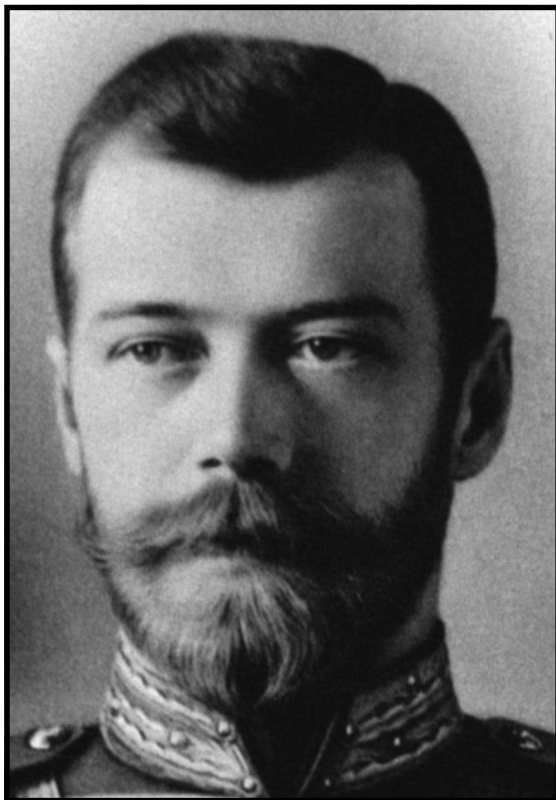
—Algunos comunistas son de origen judío, pero no entiendo qué tiene eso que ver con la situación.

—Lo profetizó Rasputín y se está cumpliendo.

Entonces el zar comenzó a recitar:

—«... Siento que debo morir antes del año nuevo. Quiero hacer presente, no obstante, al pueblo ruso, al Padre, a la Madre de Rusia y a los Muchachos, que si yo soy asesinado por comunes asesinos y, especialmente, por mis hermanos aldeanos rusos, tú, Zar de Rusia, no tengas miedo, permanece en tu trono, gobierna y no temas por tus Hijos, porque reinarán por otros cien o más años. Pero, si soy asesinado por los nobles, sus manos quedarán manchadas por mi sangre y, durante veinticinco años, no podrán sacarse de la piel esta sangre. Ellos deberán abandonar Rusia. Los hermanos matarán a los hermanos; ellos se matarán entre sí. Y durante veinticinco años, no habrá nobles en el País. Zar de la tierra de Rusia, si tú oyes el tañido de las campanas, que te anuncian que Grigorij ha sido asesinado, debes saber esto: Si han sido tus parientes quienes han provocado mi muerte, entonces ninguno de tu familia, o sea, ninguno de tus hijos o de tus parientes, quedará vivo durante más de dos años. Ellos serán asesinados por el pueblo ruso... ¡Rogad, rogad, sed fuertes, pensad en vuestra bendita familia!».

Georgi L'vov lo miró sorprendido. Nicolás II parecía un hombre fuera de sí. Entonces el cielo de la ciudad se oscureció y comenzó a nevar.



El zar Nicolás II